

## El fago y Margarita

Phi29 se encontraba esa mañana infectando a su bacilo habitual, y replicándose en él con la práctica que dan los milenios. Era un virus pequeño, de cadena corta, y le tenían apartado en una repisa oscura, al fondo del laboratorio, mientras los principales ocupaban las mejores estanterías.

Los virus, tan numerosos y variados que habían logrado volver locos a los estudiantes de todas las generaciones, bullían alterados esa jornada.

Un picornavirus había avisado que entraba un nuevo investigador, y los especímenes más grandes competían por ser elegidos para el experimento. Se esperaban al clásico sabio de pelo revuelto y gafas gruesas; por eso, al aparecer una joven despierta y espigada, comenzaron a protestar y se encerraron en sus frascos dispuestos a no replicarse.

El fago phi29, por el contrario, seguía activo y atento cuando divisó a la científica, que lucía una bella cápside de cabello castaño y su nombre bordado en la bata. Se escurrió hasta el precipicio de la placa de Petri y cuchicheó zalamero: «Margarita, tengo una proteína que vas a flipar». Y esa polimerasa llegó a ser la patente más valiosa de la historia de la ciencia española, por obra y gracia de la genial Margarita Salas.

